

## FERNANDO GARCÍA PONCE

Juan García Ponce

Nueve pintores mexicanos

Juan García Ponce

DGE Ediciones

Primera edición, 1968

Segunda edición, 2006

Desde su primera exposición, Fernando García Ponce mostró que su pintura estaría presidida por el signo del rigor. Tocadas por la experiencia cubista, sus obras tempranas dejaban ver con absoluta claridad el sentimiento que había determinado la elección de sus antecesores. Antes que Braque o Picasso, el recuerdo de Juan Gris. Frente a la tentación de meter toda la realidad del objeto en el ámbito cerrado del cuadro, frente a la libertad creadora y la voluntad de transformación, el pintor elegía la despersonalización, la búsqueda de la pureza última de que es capaz la representación formal. Su cubismo era, en el sentido más profundo, analítico. La voluntad de síntesis y la presencia de una pasión sometida a la vigilancia de una inteligencia que no permitía ningún desfallecimiento en nombre de aquella, cambiaba el sentido de los objetos, apartándolos de toda emoción que no fuera la de su propio equilibrio en el espacio neutro de la tela. Así, era natural que estos objetos desaparecieran muy pronto de sus obras y en ellas sólo quedara la forma, dándole sentido al espacio.

Durante algún tiempo, al dejar el pintor toda referencia al modelo natural, ese espacio, sometido al principio a una división geométrica en planos cerrados, pareció liberarse. La pintura de García Ponce se abrió a un choque de fuerzas que, sin abandonar la voluntad de orden, borraban la rigurosa separación de los planos y se dejaban llevar por el ritmo interior de la pincelada, encontrando la expresión de sí mismas en el color. Pero García Ponce no tardó mucho en volver a imponer sobre esas fuerzas el rigor de su inteligencia y el valor de la única pasión que lo lleva a la obra: la atracción del vacío y la tendencia natural del artista a luchar contra él.

No es posible ver la pintura de Fernando García Ponce sin advertir hasta qué punto descansa en esa lucha contradictoria. Al liberar a su pintura de toda referencia directa al modelo natural, el artista está dominado por la obsesión de enfrentar el espacio vacío de la tela con plena conciencia de que éste es la realidad última, en tanto que el ámbito natural del espíritu es el silencio y es a éste al que el pintor quiere llegar, sólo que, como artista, tiene que hacerlo a través de los elementos de la creación, a través del color y la forma, desligados de toda referencia a cualquier realidad que no sea la suya, porque deben ser vistos como puros instrumentos al servicio del impulso hacia la creación. Igual que detrás del motivo que lleva a analizar la estructura formal de los objetos sólo se encuentra la voluntad de representar su última esencia, detrás del impulso de reducir la pintura a la expresión de sí misma se encuentra el propósito de radicalizar su carácter puramente espiritual, apartándola del velo de la realidad, de la apariencia de realidad que puede proporcionar la figuración, para llegar a otra verdad.

Como pintor, Fernando García Ponce sólo busca esa otra verdad. Su pintura es una pintura de las esencias, es una pintura metafísica, en tanto que trata de ir más allá de las apariencias y adentrarse en el terreno de los fines últimos. Así, es lógico que su ámbito natural sea el espacio puro, y que la única relación directa del pintor sea con ese espacio que la tela vacía, la tela en su estado *natural*, virgen y callada, deja ver en toda su inexistencia. Frente a ella el pintor no quiere expresarse a sí mismo, no busca ni siquiera objetivizar su subjetividad liberando fuerzas y convirtiéndolas en su expresión, sino que quiere expresar ese espacio, quiere que el color y la forma nos lo revelen en toda su pureza, quiere que, encarnando en ellas, el vacío se convierta en espíritu manifiesto, en espíritu que habla con el lenguaje que ellas le prestan. Pero al mismo tiempo, la tendencia natural del espíritu a la quietud y el silencio se encuentra en contradicción, se violenta ante el lenguaje que le prestan el color y la forma, Y de esta continua contradicción la pintura de García Ponce extrae la tensión interior que determina su fuerza y su capacidad expresiva.

Por supuesto, en una obra de este tipo, en una obra como la de Fernando García Ponce, toda esta lucha es una lucha callada, que tiene lugar durante el acto de la creación, cuando el silencio se resiste a entregarse a las formas que le darán un lenguaje; pero en la obra terminada sólo encontramos el resultado de esa lucha. En ella, la tensión persiste, pero es una tensión dominada, vencida, latente en medio del severo equilibrio de la composición, que sólo nos deja ver la profunda serenidad de la materia en reposo que ha logrado apresar al espíritu y está iluminada interiormente por él.

Por esto, la pintura de Fernando García Ponce está en el extremo opuesto al de la pintura natural. Su orden es un orden clásico, en el sentido de que en ella el sentimiento cede ante la razón o, mejor dicho, el único sentimiento que se expresa es el de la razón, el de la forma dominada y sometida a una estricta voluntad creadora. De ahí que negando las apariencias, negando el valor expresivo de la realidad inmediata, lo que esta pintura nos entrega es otra pura apariencia, que no quiere ser más que lo que representa: una creación exterior de orden que sustituye el caos de la realidad, negándolo. En ella, como en todas las obras clásicas, el artista se hace a un lado, desaparece del cuadro, para dejar que sea la pintura misma la que nos hable.

En esta voluntad de negación de las apariencias para que sean substituidas por otra apariencia, que no requiere mayor explicación que la que ella misma nos da a través de su equilibrio, se encuentra el secreto de toda la pintura de Fernando García Ponce. Sus cuadros son, simple y difícilmente, espacios vivos, espacios animados por la presencia del espíritu que el creador logra hacer encarnar. En ellos podemos admirar, desde luego, la extraordinaria sabiduría formal, la capacidad para alcanzar un equilibrio secreto que a veces parece imposible e incluso la ocasional sensualidad de la materia o el deslumbrante impacto del color.

Todos estos elementos pertenecen naturalmente a la pintura y Fernando García Ponce es por encima de todo un pintor. Es precisamente por esto que logra una y otra vez el milagro de hacer que el silencio nos hable; pero en la creación de ese orden que sólo quiere expresarse a sí mismo y niega la realidad se encuentra no sólo un juicio sobre ella, sino una espléndida y arriesgada afirmación del poder del artista sobre el espíritu y de su drama en relación con él.